

I
EL FERROBEDÒ

Debajo el monumento de Mazzini...
(Canción popular)

Era un calurosísimo día de julio. El Riccetto,¹ que tenía que tomar la primera comunión y confirmarse, estaba levantado desde las cinco; pero cuando bajaba por Via Donna Olimpia, con pantalones largos grises y camisa blanca, más que comulgante o soldado de Jesús, parecía uno de esos chavales que se van muy puestos para el Lungotevere, a ver lo que cae. Con una cuadrilla de críos como él, todos vestidos de blanco, bajó a la iglesia de la Divina Provvidenza, donde a las nueve Don Pizzuto le dio la comunión y a las once el obispo lo confirmó. Y ya el Riccetto lo que tenía era prisa por salir cortando. Desde Monteverde hasta la estación de Trastevere se oía sólo un continuo ruido de coches. Se oían los claxon y los motores que retumbaban

¹ Los apodos de los personajes aluden a condiciones físicas o son peyorativamente descriptivos: Riccetto, rizado; Cacciotta, pendejo; Begalone, holgazán; Lenzetta, listillo; Picchio, narigudo; Ciccione, gordinflón; Monnezza, basura; Spudorato, sinvergüenza; Pallante, mentiroso; Roscetto, pelirrojo; Pisciasotto, miedoso...
(N. del T.)

por curvas y por cuestras, llenando los arrabales, requemados ya por el sol de las primeras horas, de un estrépito ensordecedor. En cuanto terminó el sermoncito del obispo, Don Pizzuto y dos o tres acólitos jóvenes llevaron a los chavales al patio del recreo a hacerse las fotos; el obispo caminaba entre ellos bendiciendo a los familiares, que se arrodillaban a su paso. El Riccetto allí se consumía, y se quitó de enmedio; salió por la iglesia vacía, pero en la puerta se encontró con su compadre, que le dijo:

—Eh, ¿dónde vas?

—Me voy a mi casa —contestó el Riccetto—, tengo hambre.

—Vente conmigo, capullo, que en mi casa comerás, ¿no? —le soltó el padrino.

Pero el Riccetto no le hizo ni caso y se fue corriendo por un asfalto que se derretía al sol. Roma toda era un solo estrépito; solamente allá arriba, en lo alto, había silencio, pero estaba cargado como una mina. El Riccetto se fue a cambiarse.

Desde Monteverde Vecchio al cuartel de granaderos el camino es corto: basta pasar el Prato y atajar entre las villas en construcción en la avenida Quattro Venti; un tropel de basuras, casas sin acabar y ya en ruinas, grandes desmontes fangosos, terraplenes llenos de porquería. Via Abate Ugone estaba a dos pasos. Un gentío, desde las callejitas tranquilas y asfaltadas de Monteverde Vecchio, bajaba en dirección a los Grattacieli; también se veían ya los camiones, colas inacabables entreveradas de camionetas, motocicletas, carros de combate. El Riccetto se mezcló entre la gente que tiraba para los almacenes.

El Ferrobedò allí abajo era como un inmenso patio, una pradera cercada, hundida en un pequeño valle, del tamaño de una plaza o de un mercado de ganado; a lo largo de la cerca rectangular se abrían algunas puertas; en una parte estaban situadas algunas garitas de madera parejas, en la otra los almacenes. El Riccetto atravesó el Ferrobedò en toda su extensión, entre la manada vociferante, y llegó delante de una de las garitas. Pero había allí cuatro alemanes que impedían el paso. Al lado de la puerta había una mesita patas arriba; el Riccetto se la echó al hombro y corrió hacia la salida. Nada más salir se encontró con uno que le dijo:

—¿Qué haces?

—Llevármela a mi casa —respondió el Riccetto.

—Anda, ven y aprende, so idiota.

—Voy, voy —dijo el Riccetto. Tiró la mesa y otro que pasaba por allí la cogió.

Volvió a entrar en el Ferrobedò con el tío aquel y embocó los almacenes; allí cogieron un saco de alambres. Después el otro le dijo:

—Agarra esos clavos.

Así que entre alambres, clavos y demás, el Riccetto se dio cinco viajes de ida y vuelta a Donna Olimpia. El sol rajaba las piedras, en plena siesta, pero el Ferrobedò seguía lleno de gente que rivalizaba con los camiones lanzados Trastevere abajo, por Porta Portese, el Matadero, San Paolo, ensordeciendo el aire abrasado. De vuelta del quinto viaje, el Riccetto y compañía vieron al lado de la cerca, entre dos garitas, un carro con un caballo. Se acercaron para ver si podían intentar el gran golpe. Entretanto el Riccetto había descubierto en

una garita un depósito de armas y se había colocado una metralleta en bandolera y dos pistolas al cinto. Así, armado hasta los dientes, se montó en la grupa del caballo.

Pero vino un alemán y los echó.

Mientras el Riccetto trafagaba con los sacos de alambre desde Donna Olimpia a los almacenes, Marcello estaba con otros chiquillos en los bloques del Buon Pastore. La balsa hervía de chavales que se bañaban alborotando. En los prados sucios de por allí otros jugaban con una pelota.

Agnolo preguntó:

—¿Dónde está el Riccetto?

—Se ha ido a tomar la comunión —gritó Marcello.

—¡Cago en su alma! —dijo Agnolo.

—Ahora estará comiendo donde el compadre —añadió Marcello.

Allí arriba en la balsa del Buon Pastore no se sabía nada todavía. El sol se abatía en silencio sobre la Madonna del Riposo y Casaletto, y, más allá, sobre Primavalle. Al volver del baño pasaron por el Prato, donde había un campamento alemán.

Se pusieron a curiosear, pero pasó por allí una moto con sidecar, y el alemán del sidecar les chilló a los chavales:

—Rausch, zona de contagio.

Cerca de allí estaba el Hospital Militar.

—¡Y a nosotros qué! —gritó Marcello.

La moto entretanto había ido frenándose, el alemán saltó del sidecar y le dio a Marcello una galleta que lo volvió de espaldas. Con la boca toda hinchada Marcello se revolvió como una culebra y guillándose las con los camaradas terraplén

abajo le hizo una pedorreta; con la carrera que se dieron, riendo y chillando, llegaron directamente frente al Casermone. Allí se encontraron con otros amigos.

—¿Qué hacéis? —les dijeron estos, sucios y desaliñados.

—¿Por qué? —preguntó Agnolo—, ¿qué pasa?

—Ir al Ferrobedò, si os queréis enterar.

Se fueron aprisa y nada más llegar se dirigieron enseguida hacia el taller en medio del barullo.

—¡No le dejamos ni una pieza al motor ese! —gritó Agnolo.

Marcello, sin embargo, salió del taller y se encontró solo entre la barahúnda, delante del foso del alquitrán. Estaba a punto de caerse dentro y ahogarse como un indio entre arenas movedizas, cuando lo detuvo un grito:

—¡Marcè, cuidao, Marcè!

Era el hijoputa aquel del Riccetto con otros amigos. Conque se dio una vuelta con ellos. Entraron en un almacén y le echaron el guante a unos botes de grasa, correas de torno y chatarra. Marcello se llevó para su casa material por arrobas y lo dejó en un patio, donde su madre no pudiera verlo enseguida. Desde por la mañana no había vuelto a casa; su madre le zurró.

—¿Dónde has ido, renegao? —le gritaba, sacudiéndole.

—He ido a bañarme —decía Marcello, que estaba un poco contrahecho y flaco como un pajarito, intentando parar los golpes.

Luego llegó el hermano mayor y vio el depósito del patio.

—¡Cipote! —le gritó—, y va a robar esto, este cabrón.

Total que Marcello volvió a bajar al Ferrobedò con su hermano, y esta vez se llevaron de un vagón cubiertas de coche. Caía la tarde y el sol era más fuerte que nunca; el Ferrobedò estaba más repleto que un mercado, uno no se podía ya ni mover. De vez en cuando alguno gritaba: —Largarse, largarse, que vienen los alemanes —para que los demás salieran escapados y robarlo todo él solo.

Al día siguiente, el Riccetto y Marcello, que le habían cogido el gusto, bajaron juntos a la Caciara, el mercado de abastos, que estaba cerrado. Merodeaba por los alrededores una gran masa de gente y algunos alemanes que caminaban de un lado para otro disparando al aire. Pero más que los alemanes, los que impedían la entrada y tocaban mucho los huevos eran los guripas italianos. Sin embargo, el gentío crecía cada vez más, se apretaba contra las verjas, armaba bronca, chillaba, maldecía. Comenzó el asalto y al final aquellos jodidos italianos lo dejaron estar. Las calles de los alrededores del mercado estaban negras de gente, el mercado vacío como un cementerio bajo un sol que hacía polvo; en cuanto se abrieron las verjas se llenó en un momento.

No había nada en el mercado de abastos, ni las mondas. La gente se puso a dar vueltas por los almacenes, bajo los cobertizos, entre los puestos, que no se resignaban a quedarse con las manos vacías. Al final un grupo de muchachos descubrió un sótano que parecía lleno; desde la verja se veían montones de cubiertas y de tubulares, hules, lonas, y en las baldas algunos quesos. Se corrió la voz

enseguida; quinientas o seiscientas personas se les vinieron encima al primer grupo. Reventaron la puerta y se lanzaron todos adentro, aplastándose. El Riccetto y Marcello estaban en medio. Fueron engullidos por el torbellino, casi en volandas, puertas adentro. Se bajaba por una escalera de caracol; el gentío por detrás empujaba y algunas mujeres chillaban medio ahogadas. La escalerilla de caracol rebosaba de gente. Una barandilla de hierro, muy fina, cedió, se partió, y una mujer cayó chillando y fue a chocarse la cabeza allá abajo contra un escalón. Los que habían quedado fuera seguían empujando.

—¡Está muerta! —gritó un hombre en el fondo del sótano.

—¡Está muerta! —chillaron asustadas algunas mujeres; no se podía ni entrar ni salir.

Marcello seguía bajando escalones. Abajo dio un salto por encima del cadáver, se coló en el sótano y llenó de cubiertas el costal junto a los demás chavales que cogían todo lo que podían. El Riccetto había desaparecido, había salido quizá. El gentío se había dispersado. Marcello volvió a saltar por encima de la mujer muerta y corrió hacia su casa.

En el Ponte Bianco estaba la milicia. Lo pararon y le requisaron las cosas. Pero él no se alejó de allí; se apartó un poco, acoquinado, con el costal vacío. Un rato después, también el Riccetto subió desde la Caciara al Ponte Bianco.

—¿Qué? —le dijo.

—Me había trincao las cubiertas y ahora me las han jodido —respondió Marcello, negro.

—¡Pero qué hacen estos capullos, por qué no dejan de dar por saco! —gritó el Riccetto.

Detrás del Ponte Bianco no había casas, sino una inmensa área sin edificar, al final de la cual, alrededor del trazado de la avenida Quattro Venti, excavado como un torrente, se extendía Monteverde, calcinado. El Riccetto y Marcello se sentaron al sol en un prado cercano, negro y repelado, mirando a los guripas que jorobaban a la gente. Sólo que al cabo de un rato llegó al puente un grupo de chavales mayores con los sacos llenos de quesos. Los guripas intentaron pararlos, pero ellos les plantaron cara y empezaron a discutir de mala manera con unas pintas que los otros pensaron que lo mejor era desentenderse; dejaron a los chavales sus cosas y devolvieron a Marcello y a los demás que se habían acercado con mala traza lo que les habían quitado. Dando saltos de puro contentos y haciendo cálculos sobre lo que ganarían, el Riccetto y Marcello cogieron el camino de Donna Olimpia; también los demás se dispersaron. En el Ponte Bianco, con los guripas, se quedó sólo el olor de la porquería recalentada por el sol.

Un sábado, en el descampado que hay junto al Monte di Splendore, un mogote de dos o tres metros que no dejaba ver Monteverde y el Ferrobedò, ni en el horizonte la raya del mar, cuando los chiquillos ya se habían hartado de jugar, algunos chavales mayores se pusieron en la portería a tocar el balón. Formaron un círculo y empezaron a pelotear, golpeando la bola lateral con el empeine, para hacerla ir rasa, sin efecto, al primer toque. Al cabo de un rato estaban empapados de sudor, pero a causa del aire con que se habían puesto a jugar,

en broma y como si nada, no querían quitarse sus chaquetas de vestir ni sus jerseys de lana azul con listas negras o amarillas. Sin embargo, como los chiquillos que estaban por allí quizá habrían podido pensar que era excesivo jugar con aquel sol, vestidos así, reían y se tomaban el pelo, pero de modo que se les quitaran a los demás las ganas de gastar bromas.

Entre pase y control de balón le daban a la sinhueso.

—¡Cágate, qué flojo estás hoy, Alvà! —gritó uno, moreno, con el pelo hecho una plasta de brillantina—. Las mujeres —dijo después, pegándole de tijera.

—Vete a tomar por culo —le respondió Alvaro, con su cara huesuda, que parecía machacada, y un cabezón que si un piojo hubiera querido darle la vuelta se habría muerto de viejo. Intentó jugar de fantasía tocando el balón de tacón, pero marró, y el balón rodó lejos hacia el Riccetto y los demás que estaban echados en unos hierbajos.

Agnolo el pelirrojo se levantó y sin prisas les devolvió el balón.

—No se quiere agotar, ya ves —rajó Rocco refiriéndose a Alvaro—, esta noche hay que arri-mar el hombro a base de bien.

—Van a por cañerías —dijo Agnolo a los demás.

En aquel momento sonaron en el Ferrobedò y en las otras fábricas de más lejos, por Testaccio, el puerto, San Paolo, las sirenas de las tres. El Riccetto y Marcello se levantaron y sin decir nada a nadie se fueron por Via Ozanam, y con toda la pachorra, bajo aquel solazo, se dieron la caminata

hasta el Ponte Bianco para engancharse al 13 o al 28. Habían empezado con el Ferrobedò, habían seguido con los americanos, y ahora iban a por colillas. Es verdad que el Riccetto había trabajado durante algún tiempo: lo habían cogido de mozo en una línea de camionetas de uno de Monteverde Nuovo. Pero luego le había robado al jefe medio talego, y este lo había mandado a tomar vientos. Así que pasaban las tardes sin hacer nada, en Donna Olimpia, en el Monte di Casadio, con los demás chavales que jugaban en el pequeño mogote tostado por el sol, y más tarde con las mujeres que venían a tender la ropa en la hierba requemada. O bien iban a jugar al balón allí mismo en el descampado entre los Grattacieli y el Monte di Splendore, entre cientos de críos que jugaban en los patios invadidos por el sol, en los prados resecos, por Via Ozanam o Via Donna Olimpia, frente a las escuelas elementales Franceschi llenas de refugiados y de desahuciados.

Ponte Garibaldi, cuando el Riccetto y Marcello llegaron descolgándose de los topes, estaba vacío bajo la solanera; pero, bajo los pilones, el Ciriola hervía de bañistas. El Riccetto y Marcello, solos en todo el puente, con el papo en la baranda de hierro al rojo, estuvieron un rato mirando a los tiberinos que tomaban el sol sobre la plataforma, o jugaban a las cartas, o pescaban a volantín. Luego, después de discutir un poco sobre el itinerario, volvieron a engancharse al viejo tranvía medio vacío que crujiendo y carraspeando iba hacia San Paolo. En la estación de Ostia se pararon, y a cuatro patas entre las mesas de los bares, por el quiosco de periódicos y los tenderetes, o en los accesos a las taquillas,

se pusieron a recoger puchos. Pero ya se habían hartado; el aire les faltaba, de calor, y menos mal que había una ligera brisa que venía del mar.

—Riccè —dijo medio cabreado Marcello—, ¿por qué no vamos a pegarnos un baño también nosotros?

—Bueno —dijo con la boca torcida y encojiéndose de hombros el Riccetto.

Tras el Parco Paolino y la fachada de oro de San Paolo, el Tíber fluía junto a un amplio declive lleno de carteles; y estaba vacío, sin instalación alguna, sin barcas, sin bañistas, y a la derecha estaba todo erizado de grúas, antenas y chimeneas, con el enorme gasómetro contra el cielo y todo el barrio de Monteverde en el horizonte, sobre terraplenes infectos y quemados con sus viejos chalés como cajas pequeñas que la luz desvanece. Justo allí abajo estaban los pilones de un puente nunca construido, rodeados de agua sucia que formaba algunos remolinos; la orilla de la parte de San Paolo estaba llena de cañizales y de matorral. El Riccetto y Marcello bajaron corriendo a través de ellos y llegaron al agua, en el primer pilón. Pero se bañaron más hacia el mar, unos quinientos metros más abajo, donde el Tíber inicia una larga curva.

El Riccetto estaba desnudo tendido sobre los hierbajos, con las manos en la nuca, mirando al aire.

—¿Has ido alguna vez a Ostia? —le preguntó a Marcello de golpe.

—No jodas —respondió Marcello—, ¿qué, no sabes que nací allí?

—Joder... —soltó el Riccetto con una mueca, catándolo—, ¿es que me lo habías dicho?

—Bueno, ¿qué? —dijo el otro.

—¿Has estao alguna vez en un barco en el mar? —preguntó curioso el Riccetto.

—Claro —dijo Marcello con sorna.

—¿Hasta dónde has ido? —insistió el Riccetto.

—¡Venga va, Riccè! —dijo contento Marcello—, ¡cuántas cosas quieres saber! Ni me acuerdo, no tenía ni tres años.

—Tú en barco me huelo que has ido lo que yo, atontao —dijo desdeñoso el Riccetto.

—Este cabrón —replicó rápido el otro—, ¡si me montaba todos los días en la gabarra de mi tío!

—¡Anda ya! —soltó el Riccetto chascando la lengua—. ¡Mira, mira esas tablas! —dijo luego mirando al agua.

La corriente traía trastos viejos, una caja podrida y un orinal. El Riccetto y Marcello se hicieron para el borde del río, negro de pringue.

—¡Cuánto me gustaría darme un paseo en barca! —dijo el Riccetto con aire melancólico, mirando la caja que iba a su destino balanceándose entre la basura.

—¿No sabes que en el Ciriola alquilan barcas? —dijo Marcello.

—Sí, pero la pasta a ver de dónde la sacamos —dijo mustio el Riccetto.

—Vamos también nosotros a por cañerías, pasmao, qué pasa —dijo Marcello, entusiasmado con la idea—; Agnoletto ya se ha agenciao un desmontable.

—Por mí vale —dijo el Riccetto.

Estuvieron allí hasta tarde, tumbados con la cabeza en los pantalones acartonados de polvo y